



1. DESDE, CON Y MÁS ALLÁ DE MARX

Del feudalismo al capitalismo. La acumulación capitalista y sus orígenes

Mikel Angulo Tarancón

■ El debate en torno a macroconceptos como *capitalismo* (y sus supuestas fases históricas previas) o *modernidad capitalista* parece —como la acumulación de capital— no tener fin. Marx no es sino un eslabón más de esa cadena de hitos historiográficos de la ciencia social. Y es que encontramos diferentes teorías sobre el origen del capitalismo en función de las distintas etapas que ha atravesado la evolución de ese discurso desde la época de Marx hasta nuestros días (Sombart, Pirenne, Dobb, Hilton, Hill, Hobsbawn, Thompson). Ahora bien, pese a que todas merecen una atención pormenorizada, lo cierto es que no hay ninguna que prevalezca sobre el resto con particular solvencia. La “quintaesencia del capitalismo”, que diría Sombart, o en qué consiste ese sistema por oposición al régimen feudal de la propiedad, sigue siendo un libro cerrado con siete sellos.

En esta ocasión nos limitamos a exponer el enfoque metodológico de Marx para pasar después a hacer un breve repaso del debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo, debate que impregna la historiografía de la crítica y, en general, el panorama entero de las ciencias sociales del pasado siglo —y lo que llevamos de este—.

Nota preliminar: existe un fragmento de la edición de los *Grundrisse* del año 83 de la editorial Dietz, el volumen nº 42 de las *Marx-Engels-Werke* (MEW), que no hemos podido hallar en la versión de Aricó, Murmis y Scaron (Siglo XXI, 1971). Tampoco he encontrado, en esta traducción del texto del 53, un fragmento que en la del 83 lleva por título *Formen, die der kapitalistischen Produktion vorhergehen* (“Formas que preceden a la producción capitalista”). Aquí hay que subrayar, en primer lugar, la apreciación que hace Marx de esas formas económicas precapitalistas, donde sitúa la “unidad natural” del trabajo y sus precondiciones objetivas (MEW 42, 383). Si bien no es este el lugar para discutir dichas formas (si eran o no, efectivamente, *naturales*; si corresponden o no a periodos históricos delimitados, etc.), podemos decir, eso sí, que el debate sobre

3. PLURAL

la transición del feudalismo al capitalismo que pasamos a comentar a continuación ha estado por lo general encerrado en los confines de un problema, sobre todo, de orden metodológico. Cuando es el método de Marx, esbozado primero en los *Grundrisse* y ratificado más tarde en *El Capital*, aquello que permite, precisamente, desbloquear el debate.

Así, esperamos poder arrojar algo de luz sobre la problemática relación que tienen entre sí la economía política, como aquella ciencia de la sociedad burguesa que presupone la diferencia de clase, pero que no la explica, y el materialismo histórico —o al menos lo que nosotros entendemos por una ciencia materialista de la historia—, como el método de análisis específico de la lucha de clases como motor del desarrollo histórico —o del cambio social—.

El objeto de estudio en los *Grundrisse* y *Das Kapital*

En los *Grundrisse*, Marx traza una firme distinción entre dos ámbitos concretos de investigación: el de la “historia de la composición del capital” (*Geschichte seiner Bildung*) y el de su “historia contemporánea” (*kontemporäre Geschichte*). Es así como critica a los “economistas burgueses”, quienes “pretenden justificar de nuevo el capital como la forma de producción eterna y conforme a la naturaleza, cuando presentan las condiciones de su devenir como las condiciones de su realización actual” (MEW 42, 373). Estas no pueden derivarse de la “esencia inmanente del capital”, el cual, según Marx, ha sido capaz de producir “las condiciones mismas... de las que parte la producción” (*ibid.*, 372). De acuerdo con dicho concepto de capital, las condiciones de su surgimiento (*Bedingungen seines Entstehens*) no deben identificarse con los resultados de su existencia (*Resultate seines Daseins*), pues de lo contrario se cometería el error de confundir el surgimiento del capital con el modo y manera como este mismo crea y desarrolla sus propias formas de conservación y valorización (*sondern ist selbst vorausgesetzt und, von sich ausgehend, schafft die Voraussetzungen seiner Erhaltung und Wachstums selbst*). Las condiciones en que surgió el capital no corresponden al modo de producción como tal (*Produktionsweise*), sino a las etapas históricas que lo preceden (*liegen als historische Vorstufen hinter ihm*).

La presuposición o *Voraussetzung* en abstracto que toma Marx como hipótesis de partida es, por lo tanto, que el concepto de capital desborda o excede, de alguna manera, el marco o los límites de su categorización *actual*. Nos referimos, claro está, a esa actualidad tan propia del discurso de Marx en la que la burguesía defendía su privilegiado estatus social mediante sus *apologetas*, sus *sicofantes*, etc. Son ellos quienes muestran, según él, “la mala conciencia e incluso la impotencia de no poder armonizar el modo de apropiación del capital en cuanto tal con las *leyes generales de la propiedad* proclamadas por la propia sociedad del capital” (*ibid.*, 373, lo resaltado es de Marx). Aquí se manifiesta esa particular concepción del capital como modo de apropiación (*Aneignungsweise*), concepto que Marx

distingue netamente de esas supuestas “leyes generales de la propiedad” (*allgemeinen Eigentumsgesetzen*) que proclama la denominada “sociedad del capital” –y que él aspira a desentrañar–. En otras palabras, el modo de apropiación del capital no es idéntico a las leyes de propiedad vigentes.

En otro lugar (Angulo-Mota, 2018) nos hemos referido a la teorización del intercambio de mercancías entre propietarios aparentemente libres e iguales, así como a sus respectivos momentos jurídicos como a esa “superficie de la sociedad burguesa” bajo la cual se esconde el movimiento de la apropiación, lo que Marx denomina en el “*Urtext*” de *Zur Kritik...* “ley de apropiación” (*Appropriationsgesetz*, MEGA II/2, 47). El objetivo de aquella exposición era mostrar cómo esta “ley de apropiación”, con las implicaciones históricas, estructurales y políticas que presenta, está en la base del “sistema del valor de cambio realizado” o “sistema del dinero”, en lo que constituye la hipótesis general y el punto de partida decisivo de la crítica de la economía política –mientras propugna, como queda claro

“... se trata de diferenciar entre la sociedad del capital y su surgimiento histórico”

también, por otra parte, en el libro primero de *El Capital*, la liquidación a ultranza del paradigma político burgués–.

Lo que nos ocupa ahora es una consideración bien distinta: se trata de diferenciar entre la sociedad del capital –tal

y como esta se nos presenta actualmente, con sus condiciones y contradicciones específicas– y su surgimiento histórico. Es en los *Grundrisse* donde se jacta del hecho de que su método sea capaz de distinguir entre “las leyes de la economía burguesa y la verdadera historia de las relaciones de producción” (*Es ist daher nicht nötig, um die Gesetze der bürgerlichen Ökonomie zu entwickeln, die wirkliche Geschichte der Produktionsverhältnisse zu schreiben*, MEW 42, 373, lo resaltado es de Marx). Esta requeriría de apreciaciones o, mejor dicho, de la “consideración histórica” (*historische Betrachtung*). Revelar el pasado oculto tras el sistema actual pasa, sin embargo, por reducir las relaciones históricamente más desarrolladas y complejas a las más simples (*auf erste Gleichungen*). “Son esas alusiones (*Andeutungen*), junto con una correcta concepción del presente, las que proporcionan entonces la clave para la comprensión del pasado” (*den Schlüssel für das Verständnis der Vergangenheit, ibid.*).

Se aprecia aquí un cierto sesgo epistemológico. En la gloriosa *Introducción* (“*Einleitung*”) del 57 se perfilaba ya una premisa similar, que viene a decir básicamente lo siguiente: y es que lo complejo muestra la idiosincrasia de lo simple mejor que lo simple mismo. De acuerdo con el consabido ejemplo de la “anatomía del mono” (Marx, 1989: 55), podríamos preguntarnos: ¿contiene en sí la historia de los modos de producción pre-capitalistas todas las formas simples del modo de producción capitalista

3. PLURAL

actual? Esto ha sido objeto de controversia para historiadores varios. Marx, debido a su inclinación progresista, es tajante en su respuesta: “Las fases preburguesas aparecen, por una parte, como precondiciones simplemente históricas, es decir, ya superadas (*nur historische, i.e. aufgehobne Voraussetzungen*), mientras que las actuales condiciones de la producción se muestran superándose a sí mismas y por tanto como las precondiciones históricas que darán lugar a un nuevo estado de cosas social” (MEW 42, 373, lo resaltado es de Marx).

A partir de aquí, Marx se ve obligado a renunciar a la investigación del pasado y a continuar con sus apuntes. Y es que, en efecto, es lógico que posponga entonces esa tarea de abordar la historia de las relaciones de producción a un porvenir incierto: “De por sí, todo un trabajo que esperamos retomar” (*eine Arbeit für sich, an die wir hoffentlich auch noch kommen werden, ibid.*). Y eso que en *El Capital* se trata de zanjar, es cierto, ese punto: la prehistoria de la sociedad burguesa. Pero conviene no confundir esa prehistoria con una ciencia materialista de la historia, con la historia de las relaciones de producción o con el análisis de la lucha de clases.

En *El Capital*, Marx deja claro que sus investigaciones en torno a la acumulación originaria solo pretenden apuntalar la tesis central del libro: “El proceso que engendra el capitalismo solo puede ser uno: el proceso de disociación entre el obrero y la propiedad de las condiciones de su trabajo [...]. La llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción. Se la llama *originaria* porque forma la prehistoria del capital y del modo capitalista de producción” (MEW 23, 742). Hablamos, por tanto, de un proceso histórico del que Marx había dado cuenta ya, en términos muy similares, en los *Grundrisse*. Pero que aquí se atreva a esbozar, eso sí, muy selectivamente (los cercamientos, la legislación burguesa, la expropiación de bienes eclesiásticos), en base a una “forma clásica” (Inglaterra), mencionando de pasada los casos periféricos (las ciudades del norte de Italia, de Japón, de Escocia). La novedad respecto de aquella primera versión de su crítica reside ahora, en lo sustancial, en la incorporación adicional de ciertos tipos o figuras explicativas, elementos todos de una rápida, pero no por eso superficial, aproximación histórica al desarrollo del modo de producción capitalista. Es el paso del feudalismo al capitalismo: “La estructura económica de la sociedad capitalista brotó de la estructura económica de la sociedad feudal. Al disolverse esta, salieron a la superficie los elementos necesarios para la formación de aquella” (*ibid.*, 743).

Una historia de violencia (*Gewalt*) que sería tedioso reproducir aquí, pero que conviene apreciar en su justa medida: no como una historia de la lucha de clases, de las luchas reales entre las distintas clases, sino de la diferencia de clase específica del modo de producción capitalista en su proceso de emergencia, expansión y consolidación. Porque es a tal

fin como Marx pasa a describir algunas de las etapas de ese alambicado y sórdido proceso. Desde su primacía teleológica, es decir, desde la constatación previa de su realización histórica, la diferencia de clase, basada en la apropiación de la riqueza por parte de los unos y la desposesión de los otros, preside la exposición de cabo a rabo. No es casualidad que sea aquí donde encontramos, en efecto, una de las expresiones más inequívocamente marxianas de la relación de clase, que él redefine como “relación de capital” (*Kapitalverhältnis*): “Con esta polarización del mercado de mercancías están dadas las condiciones fundamentales de la producción capitalista. La relación de capital presupone la escisión entre los trabajadores y la propiedad sobre las condiciones de realización del trabajo” (*ibid.*, 742).

La diferencia de clase funge, pues, como piedra angular de la crítica, mientras que el estudio de la lucha de clases, de sus contingencias y sus singularidades históricas, queda relegado a un segundo plano. El problema estriba entonces en superar la visión estática y estable de ese mundo

“La diferencia de clase funge, pues, como piedra angular de la crítica”

ya muerto, pero en permanente transformación o *crisis*, que es el modo de producción feudal. Es este un acertijo apto para los más atentos lectores de Marx, como es el caso de la tradición marxista británica. Solo que su atención se ha

desviado más allá de la dialéctica del concepto y de los determinismos de la ortodoxia. Se trata de profundizar en la relación no ya entre los rígidos moldes base-superestructura, o entre lo económico, lo político y lo ideológico (Althusser), entre el ser social y la conciencia de ese ser social (Thompson, 1978), sino entre la lucha de clases y el cambio histórico.

Sobre la *transición* del feudalismo al capitalismo

Dobb presenta tres definiciones de capitalismo y teorías sobre sus orígenes. Sus interlocutores son –principalmente, pero no solo– Sombart, Pirenne y Marx, y a cada uno de ellos lo asocia con un determinado tropo: a Sombart con el *espíritu*, a Pirenne con el *comercio* y a Marx con aquello que Dobb considera determinante para nuestra interpretación del “mundo moderno de los últimos siglos”: la especificidad histórica del capitalismo (Dobb, 1988, 19-25). Dicho lo cual, con todo, parecería que hemos resuelto ya de antemano el problema de la caracterización preliminar del objeto. Pero no es así. Para cuando esta pequeña aportación de Dobb recibe sus primeros ataques, a comienzos de la década de los 50, la problemática en cuestión no ha hecho más que empezar. Es más, la cosa se complica a medida que las contestaciones se suceden.

Se trata del debate en torno al origen del capitalismo que protagonizaron los historiadores marxistas británicos de posguerra a raíz de

3. PLURAL

la publicación de su trabajo *Studies in the Development on Capitalism* (1946). Para entonces, Dobb era ya un experimentado profesor de economía en Cambridge, donde impartía clases desde hacía veinte años y atesoraba además un notable bagaje también como investigador social. Dobb fue censurado en el *Daily Worker* por haber “distorsionado el marxismo” precisamente en esa misma obra, y, como relata Eric Hobsbawm, a Dobb se le aisló en Cambridge como marxista y fue marginado como economista académico (Hobsbawm, 1967, 4-7). Ello se debió probablemente a su insistencia sobre la idea de que la economía se había vuelto excesivamente limitada, por lo que, conforme a su criterio, era necesario que esta disciplina retornara “a sus orígenes críticos e históricos en la economía política clásica”.

Según Kaye, “*Studies* dio lugar a un debate ininterrumpido sobre la transición del feudalismo al capitalismo que iba a incluir la economía, la sociología, los estudios históricos y del desarrollo y la teoría marxista y que impulsó el desarrollo de conceptos tales como modelo y relaciones de producción, estructura y lucha de clases y totalidad” (Kaye, 1989, 26). Debemos el mérito de otra excelente recopilación de los artículos del debate a Rodney Hilton. En su introducción al libro *La transición del feudalismo al capitalismo* (1976), Hilton recoge las aportaciones del propio Dobb, Sweezy, Takahashi, Hill, Hobsbawm, Lefebvre y otros en torno a categorías como las de *modo de producción*, *servidumbre* y a las críticas que han suscitado algunas de las investigaciones relacionadas a ellas (sobre el origen de las ciudades, la artesanía, el capital mercantil). Característico de todas ellas es su afán por colmar satisfactoriamente ese vacío semántico generado a raíz de la interpretación de Marx, y que no es sino aquel que atañe a la *transición*. Noción ambigua donde las haya, la de *transición* no parece haber gozado de la suficiente unanimidad entre los académicos marxistas (y no marxistas) como para que, a día de hoy, podamos afirmar que existe un consenso generalizado alrededor de su valor analítico, por no hablar de su extensión conceptual.

Nuestra posición al respecto es clara: valoramos positivamente el debate, pero no por las respuestas que nos ha llegado a ofrecer, sino por los horizontes que ha abierto. Piénsese no solo en los más o menos originales modelos de desarrollo elaborados desde entonces, donde podemos encontrar aportaciones tan sugerentes como las de Genovese en torno al Sur esclavo (1969-1974), las de Wallerstein en torno al surgimiento del sistema-mundo moderno (1974-1980), las de Jessop en torno al análisis del Estado (1982-1990), sino también en el descubrimiento del papel políticamente activo de los *rebeldes* (Hobsbawm), de la *multitud* (Rudé), del campesinado (Hilton). Esto por no hablar de la excelente contribución de E.P. Thompson con *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1989). Vale la pena mencionar también las de A.G. Frank y E. Laclau dentro del campo de los estudios latinoamericanos, así como las de P. Anderson y R. Brenner en lo relativo a los aspectos políticos de la transición. Toda

una *summa*, como se puede ver, de estudios marxistas (o posmarxistas) acerca de la historia del mundo moderno, de esa *historia universal* que es un producto *reciente*, según Vilar, y que no debemos sino al capitalismo.

Como consecuencia, el aparato terminológico del marxismo se vio afectado de raíz. La arquitectura del modelo base-superestructura tembló hasta los cimientos cuando algunos recuperaron las aspiraciones de autonomía de lo político y de lo ideológico para la teoría y la práctica marxistas. Puede apreciarse ahí un proceso de hibridación entre las diferentes fases de la interpretación o de la recepción de Marx, de Lenin, de Gramsci, pero no solo dentro de la tradición marxista; también de la Edad Media de Bloch, de la *longue durée* de Braudel, de la antropología, el psicoanálisis, del estructuralismo francés... En el arsenal léxico de unos y de otros, en la divergencia de opiniones y, sobre todo, en las motivaciones extracientíficas, se pone de manifiesto la tendencia que adquirió la controversia. Hasta el punto de que los desplazamientos teóricos se notaron no solo en la academia, sino también fuera de ella.

Pero esa es otra historia. Antes de terminar, nos gustaría mencionar un pasaje del riguroso y exhaustivo estudio de Moulrier-Boutang sobre la economía política del trabajo dependiente y su turbulenta historia:

“Existe otro dogma aceptado al alimón, salvo raras excepciones, por liberales y marxistas, que forma parte de la *vulgata* histórica del desarrollo capitalista y que postula el comienzo del verdadero capitalismo tanto en la revolución industrial como en la conclusión del movimiento de las *enclosures* en Inglaterra y, por lo tanto, en la completa proletarización del campesinado. Retomando la cuestión de las *enclosures* en Inglaterra [...] hemos llegado a una conclusión que, sin cuestionar la legitimidad de los análisis de Karl Marx sobre la proletarización de 1750 a 1850, los emplaza en un marco nuevo y más amplio, modificando apreciablemente su sentido. Esencialmente, el autor de *El Capital* veía la inmigración como el resultado de la proletarización campesina, provocada a su vez en gran medida por la conclusión del movimiento de las *enclosures*. Según este esquema, el despojo de la pequeña propiedad devuelve al trabajador dependiente la libertad de dejar el campo y convertirse en obrero. Desde ese momento, el comportamiento tanto individual como colectivo de los migrantes se concibe como esencialmente pasivo; es el resultado de factores push y contribuye al mecanismo del ejército de reserva que deprime los salarios [...]. Si, como demuestra el minucioso examen de las políticas de mano de obra de los Estados europeos, la fuga de los trabajadores dependientes constituyó el problema fundamental de la acumulación de capital de 1500 a 1800, es preciso relativizar el alcance de la proletarización, que parece haber tenido menor importancia que el disciplinamiento y la fijación, o la fidelización de los trabajadores dependientes...” (2006: 44-45).

3. PLURAL

Es evidente que emplazar los análisis de Marx sobre la proletarización “en un marco nuevo y más amplio, modificando su sentido”, es una de las constantes del debate sobre la acumulación y sus orígenes. Ahí cobra un relieve especial la no-pasividad del comportamiento de las personas migrantes. Sin ir más lejos, y valiéndonos de este mismo ejemplo, observamos que el análisis histórico de

“... cobra un relieve especial la no-pasividad del comportamiento de las personas migrantes”

la movilidad de la fuerza de trabajo: 1) se sustrae a toda lógica binaria, a dicotomías inadecuadas del tipo feudalismo-capitalismo, siervo-señor, mercado-estado; 2) que los sujetos no son estáticos ni ahistóricos, sino que están sometidos a presión social, a la necesidad vital, al imperativo moral de cada circunstancia, y 3) que la agencia de grupos subalternos,

tanto tiempo invisibilizada, protagoniza, con mayor o menor fortuna, no la sino una historia: *su* historia, en principio, pero quizá también la *nuestra*.

Conclusiones

“Considerar todo histórico, eso es el marxismo...”, decía Pierre Vilar (1973). La vulgata del marxismo, sin embargo, como por otra parte también cierta ortodoxia todavía harto ensimismada, no cesa de sostener lo contrario. Es el caso también de la lucha de clases o, mejor dicho, de la tendencia a hipostasiarlas drásticamente y, por si fuera poco, *a priori*. Cuando es *a posteriori*, más bien, y sobre todo en el devenir de los conflictos, como la cualidad específica de cada clase termina por manifestarse abiertamente. “La clase y la conciencia de clase son siempre el último, no el primer estadio en el proceso histórico” (Thompson, 1978: 149) —aunque para entonces, por desgracia, *sea tarde*—.

Pero valga una confesión personal a modo de conclusión. Y es que no vamos a poder demostrar, dadas nuestras limitaciones, que la *totalidad* de Genovese se deriva del concepto de *bloque histórico* de Antonio Gramsci, según el cual “las fuerzas materiales son el contenido y las ideologías la forma” (*ibid.*, 53); o que el proceso de “formación y *acumulación* del proletariado mundial [...] requirió de la transformación del cuerpo en una máquina de trabajo y el sometimiento de las mujeres para la reproducción de la fuerza de trabajo” (Federici, 2014: 90). Tampoco podremos demostrar que el paradigma de la economía-mundo se impone paulatinamente como “industria académica” al servicio de un cierto “marxismo sin clases”, razón por la cual lo político reaparece en el ámbito de las ciencias sociales con relativo esplendor —y que es ahí donde adquiere vigor la nueva lectura de Gramsci, frente a un Marx esterilizado por sus epígonos—.

La visión de Marx del paso del feudalismo al capitalismo se convierte, en manos de expertos, en todo un *campo de experimentación historiográfica*. Un exigente reto que no incumbe tan solo a autores marxistas, sino que se

extiende a todo el ámbito de las ciencias históricas y sociales. Y ello debido a la gran variedad de problemas que abarca, y que solo como resultado de una constante vulgarización de los mismos se simplifica hasta el extremo de decir, como es costumbre, que el *capitalismo* surge, en buena medida, entre los siglos XVI y XVII. La disciplina académica desde la que se aborde la cuestión es, a este respecto, indiferente. A menudo el acuerdo es tácito e incontestable, y responde al siguiente apremio verbal: el capitalismo *debe* haber surgido en algún momento.

Desarticular el elemento normativo implícito en semejante afirmación no resulta una tarea sencilla. Pero la repercusión de esa crítica resultará más fecunda si nos zafamos de una vez por todas del apremiante instinto de la respuesta fácil. Dice bien Kaye cuando nos recuerda, de la mano de Williams (1989, 27), que es preciso volver a la crítica política de las interpretaciones que se han hecho hasta ahora del fenómeno, del proceso o del sistema que denominamos capitalismo: “Las interpretaciones sobre el origen del capitalismo tienen consecuencias prácticas porque ciertas estrategias políticas concretas en relación, por ejemplo, con el desarrollo económico en el Tercer Mundo, se formulan según dichas interpretaciones. Por otra parte –continúa Kaye–, puesto que nosotros mismos estamos viviendo en la época del capitalismo, el conocimiento del origen y desarrollo de esta época puede condicionar nuestro sentido de lo posible –tanto en términos de continuidad como de cambio–”.

Mikel Angulo Tarancón es licenciado en Filosofía y doctorando en el programa Sociedad, Política y Cultura de la UPV-EHU

Resumen de la comunicación de título “Refutación de la vulgata. Una contribución al debate sobre la acumulación y sus orígenes”, expuesta con motivo del Congreso Internacional de Crítica de la Economía Política celebrado el pasado mes de marzo en Bilbao. Más información en www.epk2018bilbao.com

Referencias

- Althusser, L.; Balibar, E. (1969) *Lire “Le Capital”*. París: Maspéro.
- Angulo, M.; Mota, J. (2018) “La apropiación del trabajo ajeno. Para una crítica de la legitimidad burguesa” (de próxima aparición en *Isegoría. Revista de filosofía moral y política*).
- Dobb, M. (1988) *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Madrid.
- Federici, S. (2014) *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Hilton, R. (ed.) (1985) *La transición del feudalismo al capitalismo*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1967) “Maurice Dobb”, en Feinstein (ed.), *Socialism, Capitalism and Economic Growth*. Cambridge: Cambridge University Press.

3. PLURAL

Kaye, H. (1989) *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Zaragoza: Prensas Universitarias.

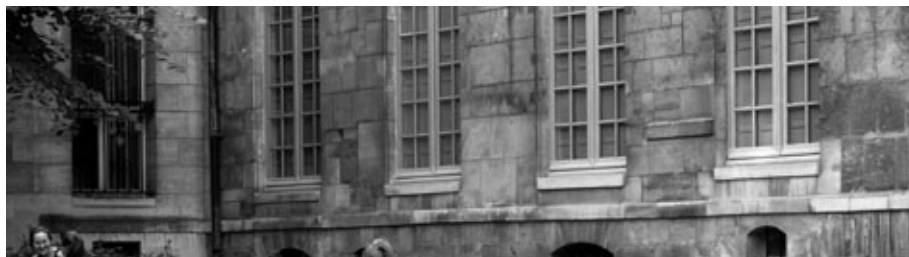
Marx, K. *Marx Engels Werke* (MEW), tomos 23 y 42, Dietz, Berlín; *Urtext de Zur Kritik*, MEGA II/2.

Moulier-Boutang, Y. (2006) *De la esclavitud al trabajo asalariado. La economía histórica del trabajo asalariado embridado*. Madrid: Akal.

Rude, G. (2009) *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*. Madrid: Siglo XXI.

Thompson, E.P. (1978) "Eighteenth-century English Society: class struggle without class?", en *Social History* 2, 1978.

Wallerstein, I. (1984) *El moderno sistema mundial 1. La agricultura capitalista*. Madrid: Siglo XXI.



2. DESDE, CON Y MÁS ALLÁ DE MARX

Marx y el Estado

Bob Jessop

■ ¿Existen elementos esenciales, permanentes y estables en la obra de Marx sobre el Estado? Una ausencia que ha sido señalada a menudo del legado de Marx es su incapacidad de elaborar una crítica comprehensiva del Estado como medio para la dominación de clase. Parte de su plan en seis volúmenes para *El Capital*, que centró su actividad entre 1857 y 1863, era elaborar un libro sobre el Estado ^{1/}. El esfuerzo de Marx por profundizar en los temas de los tres primeros libros le llevó a centrarse más en

^{1/} Sobre el plan de seis volúmenes, Karl Marx, "Introduction", *Marx and Engels Complete Works* [MEGA], vol. 28, p. 45; sobre el destino de este proyecto, Michael Heinrich, "Capital after MEGA: Discontinuities, Interruptions and New Beginnings", *Crisis & Critique*, 3 (3) (2016), pp. 93-138.

la dinámica de acumulación económica que en la política dentro de su también inacabada crítica de la economía política. En relación con esto, aunque su proyecto era tanto político como teórico, ni él ni Friedrich Engels (1820-1895)